



REVISTA TAURINA ILUSTRADA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios Ptas. 2,50
 25 » extraordinarios » 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
 PROVINCIAS: » 3
 EXTRANJERO: año 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario Ptas. 0,25
 Extraordinario » 0,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador, calle del Arenal, número 27.—MADRID.

AL PÚBLICO

Decíamos al terminar nuestra campaña de 1894:

A instancias del público y de los aficionados, cuyas cartas poseemos, mandandoles aquí gracias por las cariñosas frases y mandatorios conceptos que en todas ellas hay para nuestra modesta publicación, LA LIDIA reanudará sus tareas en forma muy semejante á la que ostentara, con general aplauso, durante su primera época; dando con esto á nuestros lectores nueva prueba de que para nosotros son mandatos sus advertencias. Por sus ruegos volvimos al palenque de la prensa, ya que el indiscutible mérito de algunos lidiadores marcaba nueva época en el arte de torear, después de la retirada de Lagartijo y Frascuelo, y por sus consejos ostentaremos los ropajes de las antiguas campañas: tan obligados estamos á sus constantes é impagables favores.

Henos, pues, aquí ganosos de continuar mereciendo la preferencia del público aficionado, y para conseguirlo, ni escasaremos medios ni ha de faltarnos firme voluntad, como ya de antiguo tenemos probado.

ESPERANZAS

DECÍAMOS AYER, que las corridas de toros por su originalidad, por las infinitas emociones que proporcionan, por su grandiosa perspectiva, y por la alegría y el entusiasmo que el espectador siente al contemplarlas, no tienen ni pueden tener comparación con fiesta alguna antigua ni moderna, ya sea española, ya nacida en el resto del mundo. Ninguna ha durado tantos siglos sin interrupción, y esto prueba hasta qué punto la magnificencia del espectáculo arrebató á la multitud, que á veces no concibe, ni puede explicarse cómo el valor y la inteligencia del hombre, vencen y subyugan á su voluntad la potente fiereza del animal más bravo, más noble y más valiente de la creación.

Hay repetimos con fruición las mismas frases; porque nuestra afición á la gran fiesta no se ha borrado en lo más mínimo, á pesar del transcurso de los años,

y porque, como nosotros, piensan ya pueblos enteros, que antes de conocerla la criticaban, horrorizándose, como tímidas doncellas, al oír el relato de hazañas increíbles que mezclaban siempre con desastres é infortunios imaginarios.

La verdad se abre paso, aun luchando con los obstáculos que la mentira y otras malas artes opongan á su recta marcha.

Pocas veces, como ahora, se ha manifestado la fiesta nacional más extendida. Podrán haber pisado los Circos algunos diestros de mayor mérito que los actuales; pero nunca ha habido tantos en una misma época, que se señalen como notables en el arte ni que sean susceptibles de llegar á la perfección: entonces, si bien es verdad que tres ó cuatro matadores — y tal vez á este número no llegasen en un mismo tiempo — eran la admiración del pueblo español, no existían, como ahora, tantos lidiadores aventajados que hiciesen concebir esperanzas de que alcancen puesto principal en la tauromaquia. Hay actualmente — y duélenos confesarlo — poco orden, pero va mezclado con grandes deseos: mucha perspectiva y poco fondo, pero ya va, aunque muy despacio, apartándose la verdad de la mentira; y los aficionados, comprendiendo que *vale más el que más para* y el que practica el arte con pureza, sin aparatos de efecto, que sólo producen éste ante el vulgo aquel de quien habló Lope de Vega.

Que hay mucha ignorancia en toda esa gente nueva que aspira á ocupar un buen puesto en el arte del toreo, ¿quién lo duda? Pero, ¿qué puede exigirse á muchachos que, en gran parte, no llegan á la mayor edad? ¿Cómo ha de pedirse maestría ó conocimiento exacto de la tauromaquia, al que lleve, en el ejercicio poquitos años? Malo ha de ser que no despunten siquiera dos ó tres de esos muchachos, á su debido tiempo, para venir á ocupar los puestos que otros tantos tienen hoy en el favor del público; y peor aún que viciados con los anticipados aplausos de las masas inconscientes, sigan una escuela, ó mejor dicho, un *estilo* que se aparta de las reglas del verdadero arte, y que en estos últimos años se ha entronizado, comprometiendo la seriedad y el buen gusto que deben reinar en una función que tiene por base la tranquilidad y el aplomo.

Ya que por lo que todos sabemos, Guerrita no ha de actuar en nuestra Plaza durante el presente año, ¿por qué con la base de Mazzantini no hemos de confiar en que se revele algún matador de alientos, que se cuide más del arte verdad que de obtener efímeros aplausos con prodigios de agilidad y de pantomima? Trabajando los maestros Lagartijo y Frascuelo, los

obtuvieron en abundancia y en muchas ocasiones, Currito, Cara-ancha y Gallo, y aparecieron dando ruido Mazzantini, el desgraciado Maoliyo y el bullidor Guerrita; lícito es por lo mismo calcular que alguno ha de llamar hacia sí la atención: que si por no existir ya Montes, Redondo, ni Frascuelo, hubiéramos de creer que el toreo había concluido, medrados estábamos.

Aprieten los neófitos los tornillos de la aplicación al arte puro y sin mistificaciones; paren los pies al pasar de muleta, sin encorvarse ni buscar ventajas; enfilense bien al entrar á matar, sin distanciar los pies, en corto y por derecho, y con eso y buena voluntad, acompañada de valor sereno, levantarán el entusiasmo del pueblo; que épocas de mayor decadencia hemos presenciado, y las fiestas de toros han ido adelante, porque llevan en sí el gran aliciente de despertar en todos los corazones el amor á lo grandioso y la alegría incomparable que ningún otro espectáculo le presta.

A esos jóvenes toca, en primer término, poner de su parte cuanto les sea posible para adelantar en su difícil profesión; y el público también debe tener en cuenta, para disimularlos, los primeros defectos que advierta, y estimular con sus aplausos al que se presente con mejores condiciones, mayor aptitud y más inteligencia.

Esta será la conducta que observará LA LIDIA siguiendo como siempre su lema favorito de *imparcialidad y justicia*.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA

ANTONIO SÁNCHEZ (EL TATO)

EL estudio que hoy dedico al Tato en las columnas de LA LIDIA, es — puedo decirlo sin jactancia — el más completo de cuantos se han escrito acerca del malogrado matador.

Algún amigo íntimo del diestro, y sobre todo la magnífica biblioteca de mi amigo D. Luis Carmena y Millán, puesta á mi disposición, con todos los curiosos y auténticos documentos que encierra, me han permitido reunir fácilmente datos y noticias de interés sobre hechos desconocidos de la carrera del Tato, así como algunos detalles nuevos, referentes á su última cogida, sobre la cual se escribió mucho y se habló más.

Todo ello forma un conjunto verídico del cual he descartado cuidadosamente fantasmagorías de *reportaje*, huyendo del mentir de las estrellas que, en cuanto murió el Tato, produjo estragos terribles en Madrid.

Como deseo irme al otro mundo limpio del feo vicio de engalanarme con plumas ajenas, y además la conciencia exige exhibir las fuentes de conocimiento, conste que las en que he bebido son excelentes, y que quedo obligadísimo a sus dueños.

No teman los aficionados que vaya a aburrirles con una de esas biografías repletas de nimios detalles, verdaderos pliegos de aleluyas en prosa que hacen perder la paciencia al más pintado.

Me contentaré con decir que Antonio Sánchez nació en Sevilla el 6 de Febrero de 1831; y haciendo caso omiso de los años de niñez, de los cuales no tengo noticia alguna, hablaré de los primeros pasos que dió en la carrera del toreo; tanto más, cuanto que ninguno de los biógrafos del Tato dice nada acerca de tan importante particular.

Por los años de 1849-50, un tal Alegría organizó una cuadrilla de pegadores portugueses que trabajó con aplauso en muchas Plazas de España. Los novillos embolados, con los cuales los pegadores ejecutaban sus suertes, eran muertos a estoque por un chiquillo de diecinueve años, contratado expresamente para el citado objeto.

Escriturada dicha cuadrilla para trabajar en Santiago de Compostela durante las fiestas del Santo Patrón, quiso el azar que se encontrase allí José Redondo como matador de las corridas formales, y que viese estoquear al mozalbeta varios novillos.

Llamóle tanto la atención lo bien que aquél se colocaba ante los embolados, y lo cortó que arrancaba al matar, que averiguó quién era, y supo que había nacido en Sevilla y se llamaba Antonio Sánchez (el Tato).

En cuanto el Chiclanero volvió a Madrid, se hizo lenguas del matadorcito de la cuadrilla de pegadores, y no se recató de elogiarlo calurosamente.

—El único defecto que tiene es ser de Sevilla — parecé que decía José, dando suelta al antagonismo que ha existido siempre entre los toreros sevillanos y los de los Puertos.

Poco tiempo duró el Tato en la cuadrilla de pegadores, puesto que el año 1851 figuraba como puntillero en la de Juan Lucas Blanco, y continuó desempeñando dichas funciones hasta entrado 1852.

Prueba fehaciente es de ello la corrida extraordinaria celebrada en Sevilla el 22 de Febrero del año dicho, para solemnizar el natalicio de la Princesa D.^a María Isabel; corrida en la cual tomaron parte como matadores Cúchares, Lucas Blanco y Manuel Arjona Guillén.

Velázquez y Sánchez dedicó a la descripción de la fiesta una *Carta tauromáquica*, en la cual, refiriéndose al octavo toro que correspondía matar a Lucas Blanco, decía:

«Salió el octavo; diéronle un cuarteo, Y perdiendo una pata en el torneo La puntilla le dió final ingrato, Diestramente lanzada por el Tato.»

Por si no fuese suficiente el testimonio de *Don Clarencio* (con este pseudónimo firmaba Velázquez y Sánchez sus revistas), hay el del matador José Carmona, que siete años después, afirmó lo mismo en las circunstancias siguientes:

En 1859, cuando ya el Tato era diestro de renombre, díjose que se había negado a torear en puesto inferior a Manuel Arjona.

Antonio Sánchez desmintió la especie en un comunicado que mandó desde Sevilla a *El Enano* de Madrid, asegurando que reconocía el derecho de antigüedad a Cúchares y a su hermano Manuel, a Julián Casas, Cayetano Sanz, Juan Lucas Blanco y Manuel Domínguez.

Pepete y José Carmona protestaron en seguida, y con sobrada razón, contra las aseveraciones del Tato; declarando el primero que en todas las Plazas había estoqueado siempre por delante de aquél, y consignando el segundo que era ya matador de toros cuando Antonio Sánchez no actuaba ni de simple banderillero, «porque en la época en que éste ingresó como cachetero en la cuadrilla de Lucas Blanco, ya trabajaba yo en ella — dice Carmona — de segundo espada.»

Hasta la segunda temporada de 1852, no figuró el Tato como banderillero en la cuadrilla de Cúchares, y en ella se estrenó como matador en la corrida del 31 de Octubre.

En dicha fiesta, última de la temporada, se lidiaron diez toros, cuatro en plaza entera, estoqueados por Cúchares, y seis en plaza partida, a cargo de Manuel Trigo y de Manuel Arjona Guillén.

El cuarto de los toros lidiados en plaza entera, cuya muerte correspondía como la de los tres anteriores, al Curro, pertenecía a la ganadería de D. José Picavea, de Lesaca, y llamábase *Estornino*.

Cuando sonaron los clarines para el último tercio, Cúchares cedió la muerte del bicho al Tato, previo permiso de la autoridad, y Antonio salió del paso con no escaso lucimiento, al decir de *El Enano*, según el cual trasteó al toro «con mucha gracia; y aunque las dos estocadas que le dió, una corta y otra arrancando,

fueron algo atravesadas, confesamos — sigue escribiendo el periódico de Carmona — que nos gustó sobremanera, haciéndonos concebir de él muy buenas esperanzas. Para mayor lucimiento, descabelló el toro a la primera.»

El año siguiente de 1853, no toreó en Madrid el Curro como matador de temporada; por lo cual el Tato trabajó mucho con su matador en provincias, y estoqueó más de un toro por cesión de aquél; pero bueno es advertir que hubo ocasiones en que se emancipó de la cuadrilla de Cúchares, para probar lo cual puede citarse una corrida celebrada el 10 de Julio en Cádiz, donde Antonio estoqueó, nada menos que con Manuel Domínguez, seis toros de Arias Saavedra.

A punto de terminar la temporada de 1853 en Madrid, se anunció para el lunes 24 de Octubre la 19.^a media corrida de toros, consignando el cartel que «hallándose en esta corte el espada Francisco Arjona Guillén (Cúchares), y agradecido a los singulares favores que siempre le ha dispensado el público, se ha ofrecido a trabajar en esta corrida.»

Lidiáronse en ella ocho toros: dos de D. Diego Benjumea, de Sevilla; otros dos de D. Juan Castrillón, de Vejer de la Frontera, y cuatro de D. Miguel Martínez, oriundos de la vacada de Gallardo, del Puerto de Santa María. Los espadas eran el Curro, Julián Casas y Cayetano Sanz, y actuó como medio espada Angel López (Regatero).

Lo más saliente de la fiesta fué haber Cúchares citado varias a recibir a su primer toro, despachándolo

tonio Sánchez, cuando para el día 6 de Noviembre se organizó una corrida extraordinaria, en la que decía el cartel: «Volverán a trabajar Francisco Arjona Guillén (Cúchares) y Antonio Sánchez (*el Tato*), QUE TANTO AGRADÓ AL PÚBLICO EN LA CORRIDA ANTERIOR.»

En esta corrida se anunciaba al Tato como espada, con Cúchares y su hermano Manuel; pero no pudo verificarse por la lluvia, y se desistió definitivamente de llevarla a cabo.

Para que se tenga idea del óptimo efecto que produjo la alternativa del Tato, tomada sin bombo ni platillos, y casi furtivamente por el diestro, copio a continuación de unos «Retratos de cuerpo entero de las notabilidades de muleta y estoque» que habian trabajado aquel año en Madrid, el siguiente, inserto en *El Enano* del 15 de Noviembre:

«El último es el Tato;
Mirale bien, lector, que aunque novato,
Es apuesto, ligero,
Y creo que ha de ser un buen torero.
Si sigue como empieza,
Mucho debe esperar de su destreza
La gente aficionada;
El mal será para el si no hace nada.»

Estos versos distarán de ser superiores; pero entonces se decían las cosas lisa y llanamente, sin las chirigotas ni desplantes sabihondos que hoy padecemos y hacemos padecer a los demás.

Sea de ello lo que quiera, el Tato ascendió a matador de cartel bajo los mejores auspicios. circunstancia que no hay que extrañar demasiado, como más tarde trataré de demostrar.

Y que el éxito del diestro sevillano fué de buena ley, o demuestra la escritura que para el año de 1854 le ofreció la Empresa antes de que terminara el de 1853. Tengo a la vista, facilitada por Carmena, copia autorizada del contrato firmado en Madrid a 17 de Diciembre de aquel año, por D. Julián Javier, empresario de la Plaza de Madrid, y el famoso D. Autolín López, apoderado del Tato.

En dicho contrato se concede a Antonio Sánchez un banderillero «con el haber de 400 reales», siempre que sea de Madrid y útil, y capaz de cumplir con su obligación.

La cláusula 5.^a dice así: «El empresario abonará a Antonio Sánchez por su trabajo en cada una de las corridas que se ejecuten con las condiciones expresadas, la cantidad de 1.500 reales, que cobrará en dinero metálico y sin descuento alguno, al segundo día de verificarse la función. También se le abonará por una sola vez, por razón de venida y vuelta, mil quinientos reales.»

En la cláusula siguiente se dice que «si el comportamiento de Antonio Sánchez fuese como es de esperar, y los resultados favorables al empresario, éste le dará una decente gratificación.»

No quiero hacer ningún comentario, tanto más, cuanto que los tiempos han cambiado muchísimo, y sería arriesgado en extremo establecer comparaciones. Hay que tener en cuenta además, que en las circunstancias en que el Tato tomó la alternativa, no podía ser exigente; y que la cantidad que aceptó entonces fué muy distinta de

las que más tarde exigió, en uso de su perfecto derecho.

Aquí termina la historia de los comienzos del Tato, a la cual he dado alguna extensión porque contiene datos no publicados hasta ahora, y que prestan a esa parte biográfica del malogrado torero el atractivo de la novedad.

De lo principal que viene ahora, puedo hablar como testigo.

II

Desde la toma de la alternativa hasta la tarde fatal del 7 de Junio de 1869, es decir, en el espacio de quince años, sólo dejó de torear el Tato en la Plaza de Madrid las temporadas de 1855, 1857, 1862 y 1867, cuatro años nada más; lo cual prueba las grandes simpatías que tenía éste entre los aficionados madrileños.

La cualidad característica del Tato, lo que le dió entre sus compañeros una real superioridad, fué su manera de matar los toros en la suerte del volapié; pero con ser ésta una nota saliente de la cual me ocuparé a su tiempo, no hubiera hecho alcanzar al diestro sevillano el apogeo de su fama, a no haberle depurado la suerte, célebre cuanto inesperado rival.

Fué éste Antonio Carmona (el Gordito), que apareció como matador de temporada en la Plaza madrileña el año 1863, después de haber alcanzado dos años antes con su suerte de banderillero al quiebro, un triunfo ruidoso y mayor, mucho mayor que los que le habian proporcionado al Tato sus mejores volapiés.

Como matador, el Gordito no podía luchar con el Tato; pero traía un toreo tan alegre, tan lleno de efectos y tan atractivo para la inmensa mayoría del público, que con él y la nueva suerte de banderillas, dió



de una baja cuarteando, porque se le echó encima de pronto, y un puntazo en el muslo que sacó Julián Casas, al entrar a matar el segundo toro.

El accidente del Salamanquino dió la alternativa al Tato en la corrida siguiente, última de la temporada, verificada el domingo 30 de Octubre. Se lidiaron en ella ocho toros de D. Gaspar Muñoz, de Bañuelos y de Aleas, figurando como espadas Cúchares, Casas, Cayetano Sanz y Manuel Arjona, con el Regatero de medio espada.

Pero antes de verificarse la corrida, se expuso al público el anuncio siguiente:

«No pudiendo trabajar el espada Julián Casas, a causa de la herida que recibió el lunes último, le sustituirá Antonio Sánchez (a) *el Tato*, natural de Sevilla y nuevo en esta plaza.»

No pasó más. El Tato estoqueó, por cesión de Cúchares, los toros primero y quinto de la corrida, y quedó hecho matador de cartel, sin las alharacas que se estilan hoy, tratándose del último novillero.

Al primer bicho de Muñoz, llamado *Cocinero*, lo trasteó — dice *El Enano* — con bastante deshago y no sin gracia en la muleta, y le enderezó un mete y saca bajo que, bien visto y en conciencia, era lo que el toro por lo marrajote merecía.

Al quinto, de Bañuelos, lo «despachó con gracia de una contraria y una buena, cuarteando.»

De lo copiado de *El Enano* se infiere que las dos faenas del Tato se redujeron a un mete y saca bajo, a una contraria y a otra buena, *cuarteando*. Es decir, de cosas que hoy excitan la indignación de nuestros sabios revisteros *fin de siglo*, y contra las cuales se escriben horrores.

¡Cómo cambian los tiempos! Aquellos aficionados, los de 1853, debieron quedar muy satisfechos de An-

may luego margen á la profunda división que hubo que lamentar en la Plaza.

No se hizo, sin embargo, patente hasta 1868 en que tomó parte la prensa y envenenó la cuestión. Un año antes, en 1867, apareció el famoso periódico taurino *El Mengue*, fundado y dirigido por Mariano Garisuaín, aficionado inteligentísimo, terne y feroz, que arremetía con furia contra todo bicho viviente, y no dejaba coleta sana en toda la taurómaca nación.

Hombre de gran corazón, taurófilo incandescente, honrado á carta cabal y pobre como una rata, el director de *El Mengue* pasaba las de Cain luchando por la existencia.

Una noche fría y lluviosa hallábase Garisuaín con una peseta en el bolsillo. No tenía ni un cuarto más ni esperanzas de encontrarlo. Otro se hubiera mesado los cabellos; él quiso buscar medios de que se los mesasen los demás.

Con la peseta que tenía compró un enorme pedazo de jabón, se fué á la escalerilla de piedra, situada en uno de los ángulos de la Plaza Mayor, y allí se pasó gran parte de la velada jabonando rabiosamente el centro de los escalones.

Cuando fué de día, el hombre gozó lo indecible viendo los tremendos resbalones y caídas que daban los transeúntes. Este era el tipo; un tipo superior y que sólo por ese rasgo merece respeto perdurable.

En la temporada de 1868, la Empresa de Madrid contrató al Tato, al Gordito y á Frascuelo, y entró *El Mengue* en el segundo año de su publicación.

Había cambiado de tamaño y de forma, pero el título era era el mismo y el mismo también el temperamento de Garisuaín, quien continuaba cayendo como un alud sobre la generalidad de los toreros, y justificaba en lo posible sus críticas con apreciaciones llenas de sana doctrina y escritas con un desahogo atroz.

La emprendió con el Gordito, y algunos periódicos andaluces atribuyeron la campaña de *El Mengue* á móviles poco dignos. Lo de siempre: á mí me daba Frascuelo diez mil reales al mes; no sé cuántos daría el Tato á Garisuaín por su campaña antigordista.

Coincidió con las molévolas retenciones, el nombre de gloria del arte que regalaron á Carmona los susodichos periódicos. ¡Y aquí fué Troya! *El Mengue* se desbordó y logró, con su gran influencia, que se desbordara también el público madrileño.

Establecióse definitivamente la competencia entre el Tato y el Gordito, y la Plaza de Madrid fué teatro de los espectáculos más lamentables que yo he presenciado en mi vida.

La tragedia tuvo término el 12 de Julio, día en que se celebró la 13.^a corrida de la temporada.

El Gordito estuvo fatal en la muerte de su primer toro, y fué objeto de una espantosa silba. Llegó la muerte del segundo, y los pinchazos que Antonio propinara al animal fueron tantos, que el Presidente ordenó la salida de la media luna; pero desacatando el mandato de la autoridad, siguió el Gordito acribillando al toro, hasta que, entre un infernal griterío fué llevado aquél por dos alguaciles al palco de la Presidencia, siendo multado en quinientos reales, y quedando rota su escritura con la Empresa. *Plaudite amice, commedia finita est!*

En Madrid al menos, la comedia parecía terminada; pero los tatistas no contaban con la huésped. La huésped fué Cádiz, trece días después. Allí se encontraron los dos ilustres rivales en la corrida verificada el 25 de Julio; las cañas se volvieron lanzas para el Tato, y las espinas se cambiaron en flores para el Gordo.

Fuó una protesta airada contra los acontecimientos de Madrid. No bien salió á matar Carmona, cayeron al redondel varias poesías, una de las cuales empezaba así:

«Hoy sin temor de mentir
Y tras afán singular,
Bien puede el labio decir
Que Cádiz vuelve á gozar
Porque te vuelve á aplaudir.
Disípese tu dolor
Si de la corte la trama
Pudo inspirarte temor:
Eso te da más valor
Y acrecienta más tu fama.
Pues por tan infame ardid
No pasaste tú el primero;
Que en desaprobada lid,
Hizo lo mismo Madrid
Con Montes y el Chiclanero.»

¿Con Montes y el Chiclanero? ¿También el gran Paquiro y el gallardo Redondo fueron arrojados alguna vez, á silbidos, de la sacrosanta Plaza de Madrid? ¿Serán exageraciones gaditanas, piadosamente pensando, ó será que el arca santa de la afición ha sido siempre un cofre desvenecado? ¿Tendría que ver!...

Volviendo á Cádiz, la revista taurómaca *El Lidio*, comenzaba su apreciación con el párrafo siguiente:

«El público de Cádiz ha dado una severa lección al de la villa y corte de Madrid. Los gaditanos no se arrastran (*sic*) por el espíritu de pandillaje, ni secundan las miras de los que por fines determinados querían ensañarse con algún diestro, con objeto de hundir su reputación bien adquirida.»

La corrida fué un escándalo continuo, y las colisiones entre tatistas y gordistas alcanzaron tal tensión, que tuvo que intervenir la fuerza armada, y dió motivo á la indignación del autor de *El tanto por ciento* que en aquellos instantes preparaba el movimiento revolucionario próximo á estallar.

El año 1869 se encargó desgraciadamente de poner término decisivo y fatal á toda competencia entre el Tato y Gordito.

Los matadores contratados para aquella temporada eran el Tato, Lagartijo y Frascuelo. Nada que sea

digno de mención ocurrió en las once primeras corridas — nueve de abono y dos extraordinarias; — y en verdad que nadie esperaba que los numerosos festejos organizados para solemnizar la jura de la Constitución, dejaran recuerdo inolvidable en los aficionados á las fiestas taurinas.

Para coadyuvar al mayor esplendor del acontecimiento, dispuso la Diputación provincial que se celebraran dos corridas de toros el lunes día 7 de Junio; una por la mañana con seis toros: dos de Concha y Sierra, dos de Miura y dos de Zapata; y otra por la tarde con seis toros de D. Vicente Martínez, estoqueados todos ellos por el Tato y Lagartijo.

Asistí á las dos, y recuerdo que en la de la mañana, á la cual dicho sea de paso no concurrió mucha gente, á pesar de haber numerosos soldados en la Plaza, tomó parte el matador Antonio Suárez, patriota exaltado y torero de poco fuste que, gravemente comprometido en los sucesos del 22 de Junio, había tenido que huir á Francia, metido en un baúl.

Al ver triunfantes sus ideas volvió en seguida á la corte y se ofreció á torear en la corrida de la mañana. No le fué bien á Suárez, puesto que al entrar á matar al toro tercero, de Zapata, sufrió una herida en la mano derecha producida por el estoque; herida que le obligó á retirarse á la enfermería á instancias del Tato, quien acabó sin gran lucimiento con la res.

De sobra conocido es lo que ocurrió en la corrida de la tarde, para que me detenga á narrarlo extensamente. El cuarto toro, *Peregrino*, de Martínez, castaño y bien colocado, cogió á Antonio Sánchez al entrar á matar por tercera vez (antes había pinchado dos veces), y con el cuerno derecho le suspendió y volteó infiriéndole una herida de cuatro centímetros de longitud vertical, por tres de profundidad en el tercio superior de la pierna derecha, calificada de grave por el médico de turno D. Marcelino Gómez Pamo, que auxiliado por los Dres. Lanzagorta y González Aguinaga, practicó la primera cura al herido. Aquella misma noche se encargó de la asistencia del Tato el Dr. Benavides, declarando desde luego que el estado del enfermo le inspiraban tan serios temores, que, si no la vida, perdería por lo menos la pierna.

A las ocho de la noche del siguiente día se reunieron en consulta con el Dr. Benavides, sus compañeros Sres. Sánchez de Toca, Blanco, Camisón y Gómez Pamo; á la una de la tarde del 9, nueva consulta entre los Sres. Benavides, Blanco y Uriarte, el primero de los cuales practicó dos grandes incisiones en el miembro lesionado; el día 10 volviéronse á reunir en junta los Dres. Benavides, Toca, Rubio (D. Federico), Bustos, Velasco y Losada, y se llevaron á cabo nuevas incisiones.

Por fin el día 14, al observarse que era imposible de todo punto atajar los progresos del morbo, se decidió la amputación acordada por unanimidad por los señores Benavides, Toca, Bustos, Rubio y Losada. La operación se verificó á las tres de la tarde por el doctor Benavides, con toda felicidad.

El Tato, dando muestras de una serenidad extraordinaria, no quiso que le administraran cloroformo. Y como nunca faltan en estos casos detalles de sensación, díjose entonces que el desgraciado torero había estado fumando cigarrillos mientras le amputaban la pierna; y que terminada la operación, había manifestado decidido empeño por ver el miembro amputado.

Siendo inútiles cuantas súplicas en contrario se le hacían, se acordó mostrarle la pierna, y al verla, se desmayó. *Relata refero*. Esto que voy á contar ahora es verdad: el Dr. Benavides cobró mil duros por su asistencia; y el Dr. Toca, interrogado por Antonio Sánchez acerca de la cantidad que le debía, contestó que estaba pagado con una fotografía del Tato dedicada al célebre Doctor. Tan generoso proceder arrancó lágrimas de gratitud al infortunado diestro, quien se apresuró á complacer á Toca.

La triste odisea terminó en Madrid en la tarde del 31 de Octubre de aquel año, con la gran corrida extraordinaria celebrada á beneficio del desgraciado lidiador.

«Antonio Sánchez (*El Tato*) — rezaba el cartel — lleno de gratitud por el interés que el público ha demostrado por su salud, tendrá el honor de presentarse en el redondel antes de principiar la corrida, para dar las debidas gracias con toda la efusión de su corazón agradecido.»

Y en efecto; dió vuelta y media á la Plaza, en carretela descubierta y acompañado de sus banderilleros, entre los cuales el Cucú lloraba como una criatura. El público hizo al Tato una tristísima ovación, y el infeliz, con los ojos arrasados en llanto, dió las gracias y salió para siempre del redondel.

En la corrida se lidiaron ocho toros regalados todos por los ganaderos, y actuaron de espadas Lagartijo, Frascuelo, Jacinto Machio y Chicorro. A pesar del intenso frío que reinó aquella tarde, llenóse la Plaza, y la fiesta produjo al Tato una buena cantidad.

Retirado á Sevilla, hiciéronle, no recuerdo dónde ni quién, una pierna artificial con la cual quedó Antonio entusiasmado. No me lo ha contado nadie; me lo dió el mismo Tato, á quien hablé por primera y única vez en el Ministerio de Fomento, en 1870, si no me es infiel mi deplorable memoria.

El pobre lisiado fué á aquel centro á gestionar la concesión del privilegio de invención para el autor del artefacto. Lo llevaba puesto, y tan satisfecho se mostraba, que me aseguró que podría torear con él y lo intentaría en breve.

Efectivamente, el 14 de Agosto de 1871, se presentó el Tato en la Plaza de Badajoz, y realizó su intento, pero con tan mal resultado, que persuadido en seguida de la inutilidad de la pierna artificial, tuvo que retirarse entre barreras, sollozando, y no volvió á insistir.

Nombrado poco después repartidor de carnes del matadero de Sevilla, sobrevivió veintiséis años á su infortunio, y á los sesenta y cuatro de edad, murió el 7 de Febrero del año corriente.

Réstame trazar rápidamente la crítica del torero y exhibir, á propósito de ella, un documento importantísimo, inédito hasta ahora, y que arroja mucha luz sobre las causas de la cegida del Tato, así como sobre su personalidad en el arte de lidiar.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(Se continuará.)

El aprendizaje

Ha muerto.

«Hoy las ciencias adelantan,
que es una barbaridad...»

Y lo mismo que cantan en la zarzuela respecto de la ciencia, se puede repetir á coro con referencia al arte.

En los venturosos y felices tiempos que alcanzamos, la enseñanza huelga.

La humanidad viene al mundo con todas las asignaturas aprobadas, y los cursos académicos transcurren en embrión.

Los senos maternos no procrean ya más que sabios, notabilidades y eminencias á porrillo; y en cada feto que se desgracia, hay que lamentar y llorar la pérdida de un fenómeno.

¡Es mucha esta precocidad fin de siglo!

Tan pronto como se anuncia el advenimiento de un nuevo vástago en cualquier familia conocida, hay que irse preparando á admirar las excepcionales aptitudes que indudablemente trae aparejadas, y que han de empezar á manifestarse de seguro, antes, mucho antes de que la papilla haya dado por terminadas sus funciones nutritivas.

Véase si no el creciente desarrollo de capacidades de menor edad que invaden el cosmos, y que prueban que el mundo está *patas arriba*, comparado con veinte años atrás.

Antes, á duras penas, y tras de fatigas sin cuento, llegaba un mortal, al final de su vida, á disfrutar un poco de la hermosa libertad é independencia que un trabajo constante ó un estudio continuado, afortunadamente le granjearan; ahora, á los cuarenta ó cincuenta años, el hombre está mandado recoger, toda vez que los *elegidos* han dado ya de sí, á esas alturas, cuanto la Providencia les ha concedido, y la necia sociedad les ha prestado.

Por eso tropieza uno á cada paso con esos pasmosos niños, que apenas salidos del cascarón, tocan el violín mejor que Paganini; cantan como Gayarre, versifican á lo Dante, pintan tanto como Rafael, politiquean maquiavélicamente, enamoran y juegan como D. Juan Tenorio, y hasta filosofan, á los que les da por lo serio, como Aristóteles.

Y todo ello por generación espontánea; pues dicho se está que empezando á dar de sí con semejante premura, ni tiempo material queda siquiera para tomar las lecciones que, no diremos los maestros, casi anulados en estas esferas, pero sí los hombres prácticos pudieran suministrarles.

La epidemia (con perdón de los *progresivos*) es general; y no es lo malo que se difunda por los sitios en que sólo pueda causar daños morales, sino que penetre también donde puede originar perjuicios materiales.

Uno de esos terrenos es, sin duda alguna, el que se relaciona con la más característica de nuestras costumbres, y en el que se ha metido igualmente, de hoz y de coz, la precocidad y la suficiencia personal que todo lo invade y lo conquista.

Y si hay quien considere todavía necesaria la enseñanza en todas las derivaciones del saber humano, lo que es nosotros, en lo taurómaca, la creemos imprescindible.

Lo que venimos presenciando en estos últimos años entre la gente que pretende continuar las esforzadas tradiciones de la fiesta más varonil, más noble y más gallarda que registran los pueblos

«ni puede probarnos nada,
ni se debe tolerar»,

porque llegaría á dar al traste con un juego que, de vistoso y estimulante, vendría á convertirse en aburrido é inhumano.

Si en el ejercicio de un arte se ha reconocido siempre la conveniencia de ceñirse á reglas determinadas y gradaciones necesarias para su completo dominio, en ninguno tan precisas como en el toreo, dadas las peligrosas bases sobre que descansa su carácter esencial.

Testimonio fehaciente de ello, que apenas rotos los primitivos moldes rudimentarios é iniciada cierta unidad de acción en sus manifestaciones, diéronse á la publicidad reglas convenientes para su ejecución, que depuradas y perfeccionadas sucesivamente, han llegado á nuestros días formando tratados completos de taurómaca.

Naturalmente, este desenvolvimiento teórico suponía un aprendizaje en la práctica, que ha venido indefectiblemente exigiéndose hasta estos últimos bienaventurados tiempos en que, como ya hemos indicado, no hacen falta maestros, en vista del espontáneo brote de capacidades y sabidurías.

Pasos contados eran de todo lidiador de reses, en su empeño de á pie, el acostumbrarse á andar por el Circo con la necesaria soltura y seguridad en primer término; aprender el manejo de la capa para burlar la acometida de la fiera en defensa propia, y en la del compañero después; quebrantar las facultades del bruto con el castigo de rejoncillos, arpones y rehiletes, en beneficio de su je'e más tarde, y asimilarse su escuela, cuando considerando el maestro en sazón las disposiciones del discípulo, le llamaba á la práctica mesurada y serena, al cabo de la cual, había de colocarse á su nivel ó sustituirle dignamente.

Así se hacían los toreros, hasta la época de los que aún pueden asombrarse desde su retiro del cambio operado en el arte del día; y así contaba la afición con lo que está á punto de perder, si es que ya no lo ha perdido, para siempre: al mismo torero...

Esto lo creemos nosotros: que la gente del gremio no piensa de esa manera, ni por asomo, y debe de estar penosamente convencida de que el aprendizaje para nada hace

falta, cuando alentada por la petulancia y el desahogo, usurpa el brillante uniforme de los jefes, sin haber soporado el honroso capote del soldado.

Si el aprendizaje ha muerto, y el lidiador que hoy viene á la arena no se trocaría por Romero, Pepe llo y Montes, que le aventarían quizás en conocimientos y en conciencia taurina, pero que no servirían para descalzarle en cuanto á desvanecimiento y soberbia. ¡Y es claro! Como de seguir los trámites marcados, habría de retrasarse el ansiado momento de adornarse con el pomposo título de *matador*, de ahí el desprecio absoluto de los procedimientos regulares, y el afán inconsciente de hacerse á todo trance con la ridícula patente de suficiencia.

Resultado de este sistema, son las consecuencias siguientes que se repiten á todas horas y saltan á todas las imaginaciones:

Una suma considerable de fuerzas, distraídas á otras faenas ú operaciones, que mediante su impulso, resultarían de gran aprovechamiento, así particular como general, y que se esterilizan lastimosamente.

Un espectáculo entre grotesco y trágico, que bastardea por completo la hermosa fiesta de toros; pues no creemos que nadie se satisfaga en presenciar la lucha de la ignorancia más ó menos auxiliada del valor contra la fuerza, y en admirar la intervención constante de la Providencia, que casi siempre mantiene la nota cómica, es cierto, pero que no llega á evitar de vez en cuando los tonos dramáticos.

Una competencia estúpida y perjudicial para todos, y muy especialmente para los que mejores disposiciones revelan, puesto que las pretensiones de ese enjambre de alucinados y su manía de exhibirse á toda costa, les arrastra á contentarse con una limosna ó una promesa, que en último resultado, ni les aprovecha á ellos ni beneficia á los demás.

El desaliento y el cansancio de cualquier empresa que persigue un negocio ante el cúmulo de recomendaciones, imposiciones y hasta amenazas que la asedian, y que lleva el disgusto y el retraimiento á toda persona honrada.

Y sobre todo, la estupidez humana, en su invariable empeño de echar siempre por el camino más árido y tortuoso, y hacerse la ilusión de alcanzar aquello que más dificultades y sinsabores le proporciona.

Pero, ¿qué es todo esto comparado con la vanidad personal satisfecha, aunque sobrevenga luego el más negro olvido y la inhabilitación más absoluta y aterradora?...

He aquí la situación que asoma por las puertas que dan acceso al circular recinto de la fiesta nacional. ¿Es posible que ésta pueda conservar su antiguo esplendor y sus legítimos atractivos en tan anómalas circunstancias?...

El aprendizaje ha muerto. ¿Le seguirá el toro?

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Toreo Femenino.

La que ve que tres ó cuatro, con miradas del deseo, la hostigan en el paseo, la acosan en el teatro, y vanidosa se engríe viéndolos ir de cabeza, y aumentando su belleza al verlos sufrir sonrie y hasta hace gala después de herir sin enamorarse...

— ¿No sabes eso lo que es?

ADORNARSE.

¿Y la celosa timada, que porque se la antojó que su novio á otra miró le niega hasta la mirada; y desdén fingiendo adrede, por más que el amante implora y suspira y hasta llora ni una frase le concede; y en cambio, mira á hurtadillas toda la noche á otro amigo?

— Eso es, poner banderillas

DE CASTIGO.

— Tú no ignoras que Pilar, la cuñada de Perico, se iba á casar con un chico escribiente de Ultramar. Pues escucha: de repente, un rentista le salió, y la Pilar despidió en seguida al escribiente. ¡Pensar en el interés la baturrilla del Ebro!

¡Qué decepción! — Y esto, ¿qué es?

DAR EL QUIEBRO.

— Mira á ese palco. ¿Qué tal? — Es muy guapa. — Sí, señor. Mira lo mismo al actor, que al conde, que al general. ¡Treinta gemelos se aprestan á mirarla, y no retira de nadie los ojos! ¡Mira los gemelos que la asestan! A éste miro, á éste después; mira á todos. ¿Lo reparas? ¿Dime, querido, eso qué es?

TOMAR VARAS.

— No lo comprendo, soy franco.

— ¡Qué inocente me pareces!

Cierra los ojos cien veces

y otras cien los pone en blanco.

Cuando aquel joven la mira,

ella manifiesta enojos.

Serena después los ojos

y con éxtasis lo mira.

Juega con el caballero...

— Porque atraparle desea.

— Bien, y ¿eso qué es, compañero?

QUE TRASTEÁ.

Esa florera es mi amor,

y á la larga ó á la corta...

Anteayer... ¡vaya una tortá

que la dió un revendedor!

¡Qué bofetada! Salí...

la compré unos caramelos,

y el otro... cuestión de celos.

Por mí la pego, por mí.

Yo, claro, sin decir nada

me subí hasta el paraíso...

¿Qué fué aquella bofetada?

UN AVISO.

Lo siento por Valentín.

«A mí, ninguna me atrapa.»

Pero la mujer es guapa

y lo engatusó por fin.

Puede mucho la mujer.

— ¿Pero qué ha pasado, Juan?

— Toma, que en San Sebastian

se casaron anteayer.

— ¡Me parece un poco fuerte!

— Quien va entre el fuego, se quema.

¿Cómo se llama esa suerte?

LA SUPREMA.

RAFAEL MARÍA LIERN

TOROS EN MADRID

TEMPORADA DE 1895

Corrida de inauguración verificada el 14 de Abril.

Una inauguración de media gala: faltábale á Madrid ayer mañana la fisonomía que fué característica en otros tiempos no muy remotos, el día que la temporada taurina comenzaba. Aquel bullir de los aficionados en las cercanías del despacho de billetes, y la larga cola formada por los madrugadores para obtener localidades, que escaseaban, merced á un anterior nutrido abono; los grupos de taurófilos entusiastas de tal ó cual diestro, discutiendo con calor y de antemano las probabilidades de éxito del lidiador de su devoción, ó dando detalles minuciosos del pelo y del trapío de los bichos encerrados á su presencia la noche anterior, y á cuyo apartado preparábase á asistir; todo esto en medio de un rumor de muchedumbre en movimiento y de una alegría que en todos los semblantes se reflejaba, contagiando á los más refractarios á nuestra querida fiesta nacional, y comunicando desde el centro de la capital sus alegres palpitaciones á los barrios extremos, donde los aprestos para asistir al espectáculo comenzaban desde muy temprano.

Ayer, empezando por el sol que lució, si, pero con intermitencias, y sin las esplendideces de costumbre, se notaban decaídos los ánimos de los aficionados, y á primera hora flojo el despacho de las localidades; comentábase con acritud la combinación de matadores, puesto que si bien Mazzantini, con su especial modo de torear tiene buen cartel, en cambio Minuto y Bomba, dos toreritos muy simpáticos, y de los cuales puede quizá esperar algo la afición, hoy por hoy, no tienen talla para inaugurar la primer fiesta de España; y conste que digo esto, porque á diestros de más positivos méritos hemos conseguido colocarlos á fuerza de pedirles nimiedades, en situación difícil para torear en la Plaza de Madrid.

Esto, unido á que la ganadería de Bañuelos designada por la Empresa para la apertura de nuestro Circo, no tiene, ni mucho menos, la virtud de entusiasmar á la multitud, por no esperar de ella nada que dé la nota sobresaliente de la tarde, comunicó al día un conjunto de glacial indiferencia, y por esto resultó, á mi entender, una inauguración de media gala.

Si á cambio del color que faltó al día, *Don Cándido* pudiera dar calor á esta reseña, nuestros lectores estarían en parte compensados; pero *el alevé* se nos fué á la

gentil ciudad que el Betis baña

privando á nuestros abonados de su competencia para este trabajo, y dando lugar á que un maleta salga del paso largando al bicho un bajonazo al revuelo de un capote, único simil que se me ocurre para la reseña que va á continuación.

Animáronse un tanto los rezagados de última hora, y al hacer el paseo los tres espadas, Mazzantini, Minuto y Bombita, que capitaneaban sus correspondientes cuadrillas, la Plaza presentaba el animado aspecto de las grandes solemnidades, aunque sin el rebosante lleno de otros días.

Se aplaudió á los *maestros*, se comentó de mil modos la desigualdad de las tallas, y tras el cambio de capote, se dió suelta al

1.º *Jicarero*; retinto obscuro, de libras y bien colocado: toma de los de tanda seis varas, propinando tres caídas y dejando para el arrastre dos caballos.

Juan Molina, después de una salida falsa, coloca un par de sobaquillo, repitiendo en su turno con otro igual; Tomás agarró dos pares cuarteando, muy aceptables. El toro pasa á la muerte algo incierto, y Luis, de verde y oro, tras una brega un tanto despegada, da un gran volapié. (Grandes aplausos.)

2.º *Temeroso*; colorao, carinegro y bizzo del derecho; salta una vez por el 9, y acosado toma cinco varas, cayendo los picaderos dos veces y perdiendo un caballo.

Rolas y Moyano, después de tres salidas en falso, clavan dos y medio pares; los enteros buenos. Minuto, de grana y oro, se encuentra con el bicho que está manso, y después de una faena de medios pases en las tablas, que demuestran valentía en el muchacho, entra á herir siempre en mal terreno; propia á la res una baja atravesada cuarteando, y cuatro pinchazos, alguno en buen sitio, para que el toro doble, levantándole el puntillero dos veces, hasta que acierta á la tercera.

3.º *Vivoso*; co orao, ojinegro, de más carnes que los anteriores, recogito de cara y bien puesto de cuerna.

Salió bravucón y con muchos pies; tomó cuatro varas á cambio de tres caídas y un caballo muerto.

Pasa al segundo tercio, en el que Ostioncito y Saleri cumplen menos que medianamente, poniendo dos pares y medio y haciendo el segundo cinco salidas falsas.

Llega á manos de Bombita, que viste de verde botella con oro; y después de una faena de muleta movila é incierta, entra á matar con u a corta buena, y repite con un metisaca bajo que hace doblar al bicho, acertando el puntillero á la prim ra.

4.º *Colorino*; castaño, bragao, grande y basto; toma de los picadores siete varas con bravura y poler, dando tres caídas y matando dos caballos; al entrar á un quite al Chato, Mazzantini es derribado por el toro; levántase el die tro, y con gran serenidad recoge al bicho con su capote (Ovación.)

En banderillas se muestra quedado y con facultades, por lo que hace trabajar á Galea y Regaterillo, los que después de muchas matemáticas y grandes sustos, le cuelgan: Galea dos pares á la media vuelta, y Regaterillo medio en la misma suerte. Luis se crece después de un acosón en el primer pase, y ayudado eficazmente por Juan Molina, larga un metisaca delantero y una estocada buena en todo lo alto.

5.º *Lavativa*; castaño obscuro, listón y cornicorto y mucho más pequeño que sus hermanos. Minuto trata de pararle con tres verónicas y un farol que no pasan de regulares; toma el bicho sin poder cinco varas y da una caída.

Perdigón y Noteveas cumplen á cual peor con su cometido, poniendo entre malos y peores, dos pares y dos medios en todo el toro.

Minuto comienza á pasar adornándose, pero con alguna precipitación, y se deslucel lamentablemente al herir, con una interminable serie de descabellos, precedida de una estocada corta, volviendo la cara, y una ida, cayendo al suelo tropicado en el embroque. Recibe dos avisos de la Presidencia, y por fin el toro se echa, acertando el puntillero á la segunda, no sin haber ahondado antes el estoque. (Pitos.)

6.º *Regatero*; castaño, carinegro, de poca presencia y cornicorto. Bomba le saluda con tres verónicas movidas.

Con acierto en las acometidas, mata tres caballos en sólo cuatro varas que toma de los picadores.

Taravilla le prende dos buenos pares cuarteando, y Saleri uno en las orejas. Bombita, solo y de cerca, pasa con lucimiento, y arrancando, le da un buen pinchazo, seguido de un volapié, quedándose en la cara y saliendo tropicado.

RESUMEN

Los toros de Bañuelos y Salcedo (D. Manuel), no han hecho ni más ni menos que lo que todo el público suponía; hubo momentos en que los lidiados en tercero y quinto lugar, hicieron concebir algunas esperanzas; pero muy pronto vino la desilusión, puesto que después de las primeras varas, tardearon como sus hermanos, y como éstos llegaron á banderillas inciertos y quedados.

En el último tercio acudieron con nobleza relativa, el 4.º, 5.º y 6.º, si bien el 4.º estaba reservón y con grandes facultades.

Mazzantini. — Usted será en esta temporada la Providencia de la Plaza, y bien lo ha de menester la serie inacabable de medianías que hemos de ver desfilár por nuestro Circo taurino; pero usted conoce la gente, y como por regla general se coloca en buen terreno, y entra con decisión á los quites, estamos seguros que los desavíos serán en menor número de los que, pensando racionalmente, serían de temer, dada la ignorancia que va á enseñorearse este año de la Plaza.

Hizo usted al Albañil en una caída al descubierto un quite, cuya gran oportunidad sólo plácemes merece; ayudó usted con gran eficacia á todo la gente, y en el último tercio entró siempre á matar por derecho; lástima que arranque tan de lejos, desvirtuando con ello el mérito de las dos grandes estocadas con que dió fin del primero y cuarto toro que le correspondieron.

Dirigiendo la lidia estuvo demasiado complaciente con todo el personal; y ya que usted ha conseguido que le respeten en el redondeo, cosa poco fácil, debe aprovechar esta circunstancia para evitar la anarquía que en muchas ocasiones reina en las corridas. Y basta por hoy.

Minuto. — Si el valor es condición indispensable como primer elemento para llegar á ser un buen torero, no es suficiente esta sola condición, tratándose del matador de toros al que hacen falta también condiciones físicas, de que usted desgraciadamente carece en absoluto. Podrá, con guapeza, conseguir aplausos de los públicos si se arrima á las reses, como lo hizo ayer en su primer toro con grave riesgo de su persona; pero nosotros tememos que entrando á matar, ó tendrá que hacerlo echándose fuera, ó valiéndose de algún tranquilo, mistificar lamentablemente la suerte suprema; ya que como decimos, sus escasas facultades no le han de permitir, en general, salir airoso de su cometido, con reses de algún respeto.

Si el público exige de usted lo que á otros pide y el arte demanda, le auguramos desgracias graves. Si por el contrario, se conforma con el *delicioso bullir* de su especial toreo, buen año para usted y de salud le sirva.

Bombita. — Buenas hechuras, corte de torero y grandes deseos de agradar. Ayer tarde, sólo la brega y el primer pinchazo del último toro, resultaron dignos de aplauso, y así se lo demostró el público. Creemos que si el muchacho no se engríe y aprende á no quedarse en la cara de los toros al matarlos, y para y torea algo más con los brazos y mucho menos con los pies, dentro de algún tiempo, si no se malogra, puede contar la afición con un torero más.

Siguiendo añejas costumbres, los picadores no encontraron el morrillo de los toros; los banderilleros le encontraron en todo el toro, á excepción de Tomás y de Taravilla. Bien la Presidencia.

UN RESERVA.

LA LIDIA.



R. Esteban

J. F. Ferey

Lit. Palacios Arenal 27. Madrid.

RAFAEL GUERRA. (GUERRITA)